

EL SECRETO DE LA VIDA

Vino a verme un colega y, como ocurre en la vida, nos sentamos con una botella llena, que al cabo de un rato dejó de estar llena.

-La vida es un misterio-dijo el colega-. Mira, por ejemplo, esta botella. Quién sabe si está medio vacía o medio llena.

-¿Tal vez ambas cosas? -propuse.

-Precisamente en eso consiste el misterio: todo es relativo, porque todo depende del punto de vista. No podemos juzgar nada categóricamente.

-Entonces, ¿por qué no la vaciamos para que no haya dudas?.

-Podemos vaciarla, pero la relatividad permanecerá. ¿Qué más da que la botella esté vacía, si ha estado llena?. Lo ha estado, pero no lo estará, lo estará, pero no lo ha estado. El tiempo también es un concepto relativo.

Le ofrecí un cigarrillo con la esperanza de que se olvidara del misterio de la vida. Lo aceptó, pero no lo encendió en seguida, sino que, manteniéndolo entre los dedos, clavó en él la mirada, pensativo.

-¿Y qué más da que lo encienda... ?. Arderá, arderá y se apagará.

Sin embargo, lo encendió, ya que siempre fumaba únicamente mis cigarrillos. También bebía sólo mi vodka. Por lo visto, consideraba que daba igual quién pagara.

Yo no me lo podía tomar a mal, ya que desde el punto de vista filosófico tenía razón.

-¿No te lo decía? -preguntó al acabar de fumarse mi cigarrillo-. Se ha apagado. Ha desaparecido: cenizas, polvo... Igual que la existencia. ¿No tienes otro?.

Lo tenía, se lo di. La tarde iba transcurriendo. «Igual que la vida», habría dicho mi colega de no haber estado ocupado buscando algo en mi armario. Yo estaba a solas con la botella, ahora ya indefectiblemente vacía. Tenía ganas de fumar, pero ya no me quedaban cigarrillos.

-Ésta está bastante bien-dijo el colega mirándose al espejo con mi gabardina puesta-. Aunque me va un poco justa. ¿No tienes otra?.

-Es la única que tengo.

-Qué le vamos a hacer, en ese caso me la quedo. Pero tienes que cambiar los botones.

-¿Por qué?.

-Los prefiero de color beige.

-¿No es lo mismo de color beige que de cualquier otro...?.

-¡Justamente! Si pudieran ser de otro color, entonces no los querría de color beige.

Pero ya que todo es relativo, hago lo que me da la gana. No querrás decirme que no tienes botones de color beige...

En ese instante sonó el timbre de la puerta. Fui a abrir. En el umbral estaba el profesor Einstein, el autor de la teoría de la relatividad. Tenía un revólver en la mano.

-¿Me deja pasar?. -rogó.

Cedí a su súplica. Uno no puede negarse ante una persona mayor.

El tribunal no creyó que hubiera sido Einstein quien mató a tiros a mi colega y no yo. Pero de todos modos me absolvieron, pues la convicción de que, debido a que todo es relativo, no se puede culpar a un individuo por sus actos se había convertido en una convicción universal. No se puede juzgar a nadie categóricamente, como solía decir el difunto.